

DE LA ÓPERA CEHEGINERA

Abraham Ruiz Jiménez

Alcázar de Irujo

DE LA ÓPERA CEHEGINERA

Prólogo

Jesús de la Ossa Abril

Excmo. Ayuntamiento de Cehegín

2003

Retrato del autor: Cosme F. Matallana

Dibujos: Miguel M. Abril
Manuel Latorre

Fotos: López

© Abraham Ruiz Jiménez, 2003

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Cehegín

I.S.B.N.: 84-606-3351-9

Depósito Legal: MU-249-2003

Fotocomposición e impresión: Compobell, S.L. Murcia

Impreso en España / *Printed in Spain*



PRÓLOGO

LA OBRA ABIERTA DE ABRAHAM RUIZ JIMÉNEZ

1

Cuando conocí a Abraham Ruiz Jiménez —yo era casi un niño— hace algunos años, lo primero que hizo, con mesura y miramiento, fue enseñarme la hermosa biblioteca que, todavía, posee en su bella y fresca casa de Cehegín, desde la cual, todavía, se pueden ver los montes en sombra. Las bibliotecas particulares son un poco la semejanza de sus dueños.

Después de coger, dejar y apilar libros de un lado para otro, mientras hablaba apasionado de la Historia de Cehegín, me regaló varios ejemplares. Entre ellos, uno de los libros en los que venía el relato con el que nuestro admirado Salvador García Jiménez ganó el premio «Gabriel Sijé», *Agobios de un vendedor de Biblias*.

Ya en esa primera época, y mirando desde el manso polvo del recuerdo, me pareció un hombre ilusionado y apasionado por todo lo que oliera a la tierra que le hizo Hijo Adoptivo en el 1994 y Cronista Oficial de la Ciudad en el año 2002. Un hombre que sabía de Cehegín más que de su propia vida. Y que, al igual que Löwith, decía que el saber es Historia. Un tiempo dedicado a buscar y siempre encontrar los designios preclaros de una Historia que amanece a cada instante. Nunca ha sido desleal a su calendario ni a su geografía.

Ahora lo he vuelto a encontrar. Yo con más años, él con la misma edad. Ya dijo Picasso que cuando uno es joven lo es para toda la vida. Y él siempre supo que el problema no es llegar sino quedarse, aunque uno sepa que escribe no más que para media docena de personas. Ahora sigue con la misma devoción, con la misma mirada límpida a esta tierra parda, llena de héroes y vencidos. Su mirada ya no está nimbada por la juventud, pero en ella se conserva el epílogo de la grandeza, el paso acumulado de los años y su poso. Todo en él ha estado impregnado de sentimiento y de precisión, de dulzura y exacto estudio.

No voy a hacer en este Atrio un somero recorrido por la vida de Abraham, aunque desde aquí le invito a que escriba sus memorias, más bien confesiones; tampoco un análisis preciso de sus obras. Sólo decir que, para cualquier estudioso del Siglo XIX ceheginero,

Abraham Ruiz Jiménez, es una referencia imprescindible. Su libro *Cehegineros en el Siglo XIX*, sus continuas publicaciones en revistas de historia como *Alquipir*, libros de fiestas, pregones —alguno excelente como el que ofreció en la Navidad de 1982 en Murcia—; o su magnífico *Cehegín en su transformación*, discurso publicado en el año 1968, el cual pronunció en el Certamen de Exaltación Agrícola; así como su largo elenco de personajes cehegineros que estaban en el lejano silencio y rescató dejándonos su memorable prosopografía, esto es, el Obispo Caparrós y López, la figura de D. Ramón Chico de Guzmán y Ortíz; D. Francisco López Chicheri, D. Regino Lorenzo Mata, etc.; hasta su último trabajo publicado en la revista de Historia ceheginera *Alquipir*, un importantísimo trabajo que con referencia al llamado *Cisma* de Caravaca, destaca el papel de la entonces villa de Cehegín, hacen de Abraham un hombre vinculado, totalmente, con Cehegín, donde ya, hace años, fue pionero en promover, desde la antigua Caja de Ahorros del Sureste, su trabajo profesional, una de las más importantes manifestaciones culturales llevadas a cabo en esta ciudad. Nos referimos al Aula de Cultura «Román Bono Marín», por donde hicieron travesía grandes personalidades del mundo de la cultura.

Pero lo que de verdad me interesa de Abraham, lo que hoy me mueve a escribir estas palabras en la

celebrada reedición de su libro *De la Ópera Cehegí-nera*, que fue publicado por primera vez en el número 34 de Cuadernos Murcianos en el año 1980, y firmado con su seudónimo vital, Alcázar de Iranzo, es su continuo y desvelado trabajo por todo lo que olierá a Cehegín. Desde que Abraham se instaló en nosotros con su talento cauteloso, cuando dejó lejos en la distancia y cerca en el corazón a su tierra natal manchega, no ha hecho otra cosa que buscar-nos unas raíces y una identidad. Un trabajo de años que ha sabido disimular con su sencilla humanidad y su eterna sonrisa. Cehegín siempre le deberá a este hombre el que dedicara su vida a desenmarañar ese laberinto organizado que es la Historia, «maestra y esposa de la vida», como él la llamó en su memorable discurso de entrada a la Asociación de Cronistas de la Región de Murcia como Cronista Oficial de Cehegín. Una comunicación titulada, *En torno a la identidad de Cehegín*. Allí, como siempre, Abraham desgranó lo mejor de él, que no es poco. Alguien me preguntó, a los pocos días, que qué me había parecido este discurso. Mi respuesta fue que eso «sólo lo puede hacer Abraham». Y eso ha sido lo que ha hecho en nuestra ciudad durante toda su vida. Sólo una persona que ha deambulado por los archivos como buscándose así mismo, sólo el que ha buceado como un buscador de secretos ocultos hasta conseguirlos, puede escribir, sintetizar, la His-

toria de una ciudad, deteniéndose en sus gentes, convirtiéndose en un verdadero notario de la actualidad del pasado.

Abraham siempre ha escrito al hilo de los días y de sus silencios. Ha sido un hombre sencillo que ha valorado, sobre todas las cosas, la honradez y la lealtad a la palabra dada. Fue así en la tierra manchega que lo vio nacer, Munera; en Hellín y Albacete donde nació a la adolescencia cuando frecuentaba los colores otoñales pardo rojizos de la infancia y el cielo tenía un gris fantasmal bajo las llanuras inmensas, sin límites; y lo ha seguido siendo siempre en su Cehegín del alma, cuando el viento de la edad le ha hecho sentir un gozo difuso y pensar, al igual que Bacon, que la poesía le da a la humanidad lo que la Historia le niega.

2

Escribir la Historia es descubrir lo oculto y respirar al saber nuestras verdades y mentiras. El historiador vela por todo lo acontecido. Abraham siempre ha sabido que la Historia es necesaria para ser hombre, para ser ciudadano. Ha soñado con un debate que aplaque las tinieblas y ha sido emisor y receptor de lo hallado, de lo encontrado. ¿Podríamos construir la Historia sin ellos? ¿Quién siembra esa semilla que luego, en tierra fértil, sólo puede germinar al nuevo día llena de esperanza?

La Historia es recuerdo pero es firmeza. Es longitud y disciplina; es buscar entre las huellas de nuestro pasado un punto de encuentro. Un lugar común sin óbices. La Historia es claridad y nunca ínfimo suceso. Es también la sucesiva rememoración de lo acaecido cuando ya, lejos, mirando el atardecer sereno, podemos señalar lo que ocurrió pero que sigue estando, como una imagen en el agua alargada hacia la orilla, hacia nuestra orilla.

Lo sucedido es parte de nosotros. Es nuestro por qué presente, el por qué de nuestro pasado. Sólo escribirlo, como siempre ha hecho Abraham, vale para dilucidar algo en el río de este tiempo que nos lleva, que es memoria y olvido.

La Historia no es balance sino paso corto y sin desmayo. Al final, cuando uno mira el mundo desde las páginas de la Historia impresa, tiene la sensación de que las dispositivas de su vida no son esas. Aquí es donde el estudio de la Historia tiene que incorporar todos los materiales para que el conjunto de vivencias estén cercanas al lector, fin último y sin reparos de la Historia escrita, mirada a través de su periscopio del alma, en el que lee, y en el que se deja arrastrar, hipnotizar, por lo allí volcado con absoluta libertad. Ni siquiera la crítica, que representa la más fiera desvirtuación de cualquier forma artística, como ya apuntó Ramón Gaya en su gran libro, *Naturalidad del arte y artificialidad de*

la crítica, nos debe hacer prejuzgar algo que sólo tiene sentido, o no lo tiene, ante los ojos encendidos del que es arrastrado con las palabras hacia el bosque histórico.

Por eso la escritura de la Historia es como hablar de la cultura. La Historia lo es todo, absolutamente todo. Los sucesos que embriagaron una sociedad, las guerras de cuando entonces...pero también los personajes que estuvieron en la tercera fila y murieron en ellas, donde siempre mueren los mismos. La Historia es la emotiva cantera de acontecimientos que construyeron una época. Es la estadística pero también el historiador debe tener algo de «profeta al revés», para narrar o captar todo lo incluido en el momento vital reflejado. Ser historiador es ser también alguien que sueña ante un mundo que, como siempre, agoniza. Siempre será lo mismo. Mañana será todo igual. Sólo el historiador, el buen historiador como lo ha sido siempre Abraham, es el que nos puede servir de guía, dar el nombre a nuestra realidad, a la que fue y a la que será. Su misión está más cerca del oráculo que de las pizarras verdes de cualquier escuela donde ya no existe la Historia. El historiador, más que enseñar, diagnostica; convierte los sucesos en ideas. Es un «solemne cronista del tiempo».

Abraham se ha aferrado siempre a lo cotidiano proyectándolo al pasado porque sabe que estamos

obligados a irnos como nómadas detrás del tiempo, irre recuperable, indecible, en cada crepúsculo. Y porque también sabe que la narración de la Historia nos salva de la tragedia cotidiana que nos ciega. Él siempre nos ha ofrecido una mirada a lo que fue para poder apresar un tiempo engañoso y borroso. Así, todos, hemos podido sentir en nuestras venas, casi como estigmas, el peso frágil y vivísimo de los años. Él sabe que todo es digno del recuerdo, todo es Historia y, por eso, ha obligado al tiempo a que nos persiga con su espada cultivada de odios y rencores, lo ha obligado a mantener su estatura de buey decapitado, de señor heredero de silencios. Y lo ha hecho porque todo lo que nos rodea, todo lo que somos, no es sino un cúmulo de instantes augustos, lentos y repetidos, de lugares comunes que son un lugar y además son sólo un lugar.

3

De la Ópera Ceheginera es, posiblemente, la obra más intimista de Abraham —véase el comienzo magistral y profundamente poético de *Preludio en tiempo de nana*, dedicado a su nieto— además de ser un sutilísimo ejercicio de humanidad. Y es difícil, por lo que apuntábamos anteriormente, que un historiador baje a las parameras de la permanente y renovada palabra. Pero, claro, uno no puede hacer la exégesis

de la Historia sino es por medio de su yo, y éste, lo queramos o no, siempre estará presidido por esa nube de subjetividad que nos hace ser lo que somos, con nuestras miserias y nuestras grandezas. Lo que quiero decir es que sólo es creíble el modo de contar la Historia al igual que pueden serlo unas memorias o una biografía. Conozcamos o no lo que contamos, éste estará siempre pasado por nuestro filtro. Ésta es la única manera de poder optar a una independencia verdadera y perdurable. Por eso, como decíamos, este libro de Abraham, es su libro más intimista, porque, sobre todo, perfila la realidad del Cehegín de una época. La crónica de un mundo extinto bajo «la serena ribera del Quípar». Quizás sea el libro donde más jirones de piel, más heridas abiertas haya en cada artículo, porque, con un hilo histórico, eso sí, bien medido, Abraham fue notario insurgente de un mundo, el suyo, el de aquella época; el Cehegín primero que vio al llegar, en una bancarrota moral y donde habitaba una «fantasmal Begastri»; y el Cehegín de los siglos, que respiraba, todavía, dulcemente en el mudéjar de la Concepción. Al releerlo de nuevo, como ustedes también lo harán, comprobamos que hay libros que no sólo resisten la relectura, sino que parecen renacer y nos descubren lo que llevaban dentro.

Abraham lo construyó no sólo entendiendo la Historia como un relato de un pasado solamente

local, como una «línea vertical», que diría Sánchez Albornoz, sino con los innumerables hechos «horizontales» que la produjeron. Todas las innumerables culturas que fraguaron un lento y hondo proceso, equilibrado y complementario. Además, su lenguaje, en este poema dramático, tuvo la definida precisión del orfebre. No incurrió tampoco en la insistencia erudita en la que pueden caer los historiadores. La Historia que siempre ha escrito Abraham, además de dar solución a ciertas inquietudes de muchos ciudadanos, ha marcado siempre distancias respecto al poder político, sea éste de la ideología que sea, a lo que Laín Entralgo dio la cualidad de «intelectual totalista». Abraham fue aquí, sobre todo, un narrador de la Historia que no olvidó el factor humano, base de toda la historiografía.

Es una aportación de primer orden a esa búsqueda sin término que definió el «ser» ceheginero. Es también la búsqueda de unas raíces espirituales que él parece encontrar. *De la Ópera Ceheginera* fue el grito de esperanza de Abraham. Sus palabras fueron un aliento necesario en esos tiempos de escasez, cuando todo estaba por descubrir y las investigaciones eran nómadas en busca de las raíces. Fue escrito con voluntad de memorialista. Es un apasionante ensayo destellante y sorprendente; pero sobre todo un libro honesto escrito desde la dignidad.

Todo lo que dice Abraham aquí es fruto de la pasión por una tierra. Ahora, que es fácil encontrarse la fama en veinticuatro horas; ahora que ésta es sólo popularidad, tenemos que rendir, debemos rendir homenaje a toda esta gente que se ha dejado siempre su tiempo y sus dineros en encontrar un dato, en prolongar lo ya sabido, en hacer inteligible la Historia. De otra manera ésta no habría pasado de ser un problema insoluble de difícil definición.

Construir ese castillo de arena que es la Historia, hacer de ella nuestra compañera de viaje, es la gran aportación de personas como Abraham. Y lo han hecho siempre mirando al frente a pesar de la oscuridad que tiene la sabiduría, en estos tiempos de barbarie, para todos lo que desmadejan como Penélope nuestras vidas completas. Por eso, aunque tarde, sentimos alegría cuando aquellas palabras vuelven, recorándonos, y nos hacen ver que el mundo, nuestro mundo, puede estar escrito.

«Aquí me paro. Hago como en los polvorientos caminos del medievo: Parada y fonda. Tomo posada, albergue donde abrigarme y esperar la llegada de las gentes, amalgama de caballeros y trajinantes», nos dijo y nos dice ahora en este rejuvenecido libro Abraham, cerca de las puertas de Canara y La Peña, casi presintiendo, con escalofrío, el resonar de las inmemoriales tropas guerreras. Yo también lo hago. Vaya desde aquí mi felicitación al amigo y al maestro; tam-

bién mi admiración a quien ha hecho perdurable lo que siempre estuvo al lado de la verdad histórica. Un tesoro extraño que ahora se reedita y que formará parte de la Historia Esencial de Cehegín.

Jesús de la Ossa Abril
De la Concejalía de Cultura
del Ayuntamiento de Cehegín